

# Otra batalla en el desierto

Juan Patricio Riveroll



Fotograma del filme *Pink Floyd. The Wall*, dirigido por Alan Parker en 1982

A DIFERENCIA DE OTRAS ARTES, con un lapso evolutivo de milenios y cuyos cambios cotidianos son imperceptibles, el cine tiene una historia relativamente corta y agitada, de los inventos de Edison y los hermanos Lumière a nuestros días. La exhibición de la imagen-movimiento comenzó en ferias, pasó a salas y después a la televisión, para volverse ubicua tras el acceso a la red de banda ancha. La juventud de hoy tendría que hacer un esfuerzo de imaginación para pensar en cómo nos proveíamos películas durante los años ochenta, esas idas al Videocentro del barrio, cuando todavía no había cruzado las fronteras de nuestro país Blockbuster. Había dos formatos: Beta y VHS, y era una suerte contar con ambos reproductores para que la oferta fuera más basta. Ir con los amigos del colegio a escoger dos o tres películas para pasar la tarde del viernes frente al televisor era una verdadera dicha. Entre Rocky, Rambo, Cobra y el Hawk de *Over the Top*, Stallone lo era todo. Así transcurrió mi infancia.

Pero mi encuentro frontal con el cinematógrafo fue durante el primer año de preparatoria, en el que después de pláticas interminables con la joven maestra que impartía la materia de Teoría del Conocimiento, decidió organizar un cineclub una tarde a la semana, abierto a cualquier interesado.

Nunca rebasamos la decena de asistentes, a veces éramos sólo dos o tres. En ese tiempo, a mediados de los noventa, era realmente difícil encontrar una cinta determinada, y tenerlas representaba un tesoro. Posteriormente comprobaría que los grandes maestros de apreciación cinematográfica de la capital, de Jorge Ayala Blanco a Leonardo García Tsao y Nelson Carro, armaban sus videotecas a base de grabaciones caseras de la programación de los canales 11 y 22, y a partir de ahí erguían sus cursos.

La primera película que me marcó a profundidad fue *Pink Floyd. The Wall*. Incluso creo que fue a partir de un “¿No has visto *The Wall*?” por parte de mi maestra que se armó el cineclub. A los quince años de edad me voló la cabeza, a pesar de las precarias condiciones en las que la vi. El salón asignado contaba con las clásicas bancas individuales de madera, incomodísimas; el televisor, colgado en la esquina superior derecha, era de mínimas dimensiones (como la mayoría de los televisores en aquella época); y la copia en VHS no podía ser más deficiente, comparada años más tarde con la copia en DVD y aún más con la de 35 mm. Pero esa era la única manera que teníamos de verla, y al no haber otros puntos de referencia, la situación no parecía tan mala como en efecto era. Había que verla a toda costa.

Me vestí de negro durante meses, me rasuré las cejas, mantuve el pelo corto. La interpretación de Bob Geldof daba escalofríos al tiempo que se exhibía en su más cruel humanidad. Fui en busca de la música de Pink Floyd, atraído más por la obra de Waters: su último periodo con la banda y sus discos solistas, *The Pros and Cons of Hitch Hiking* como una extraña continuación personal a *The Final Cut*, y *Amused to Death* como el corolario posmoderno y la crítica al capitalismo consumista, temas por demás atractivos para un adolescente inadaptado.

Vimos magníficas películas durante el año que duró el cineclub, con ese reducido grupo de gente, pero ninguna tan potente como esa. Y vale la pena recordar también la cartelera comercial en ese período: *In the Name of the Father*, *The Piano*, *The Remains of the Day*, *Pulp Fiction*, *The Shawshank Redemption*, *Heat*. Clásicos que representan para mí una discreta época de oro.

El paso mental de espectador a cineasta en ciernes lo di de la mano de Hal Hartley, primero con *Trust* y después con *Simple Men* y *Amateur*. Conseguí sus cortometrajes, compré los guiones disponibles en formato de libro, di con un compendio de la música de sus películas y le seguí la pista durante algunos años, hasta que mi obsesión se desinfló. La simplicidad y el tono de sus historias hacían del cine algo posible, a mi alcance, o al menos parecían al alcance de cualquiera. Pocos personajes, pocas locaciones, planos sencillos para los que sólo se necesitaba un tripié. Dramas no muy elaborados, efectivos por el sello personal de Hartley, quien también componía la música bajo el seudónimo de Ned Rifle. Esas primeras películas son sus pequeños grandes logros. Su filmografía posterior es un refrito que no llegó a evolucionar.

Al avanzar en el sendero de la cinefilia descubrí que tanto Hartley como Tarantino venían intensamente influenciados por Godard, y eso le abrió camino al cine europeo de los sesenta y setenta, para entender que el progreso, en cuanto a conocimiento se refiere, significa ir hacia atrás, indagar en el pasado para confrontar el presente.

En el memorable ensayo “Un siglo de cine”, escrito en la época que narro, 1995, Susan Sontag, después de un encomiable recuento de esos cien primeros años, argumenta que el amor al cine ha menguado. La gente todavía disfruta ir al cine, y algunas personas aún quieren al cine y esperan algo especial y necesario de una película. Y películas maravillosas se hacen todavía, pero uno difícilmente encuentra, al menos entre los jóvenes,

ese distintivo amor cinéfilo, que no es simplemente amor sino un cierto gusto en películas (justificado en un vasto apetito para ver y volver a ver tanto como sea posible del glorioso pasado del cine). La cinefilia en sí misma se presenta como algo pintoresco, pasado de moda y esnob, pues implica que las películas son experiencias únicas, irrepetibles y mágicas. La cinefilia no tiene cabida en la era del cine hiperindustrial, pues por el rango y el eclecticismo de sus pasiones, no puede más que apoyar la idea de la película como, antes que nada, un objeto poético; y no puede más que incitar a quienes están fuera de la industria del cine, como pintores y escritores, a querer hacer cine también. Esto es precisamente lo que debe ser derrotado. Lo que ha sido derrotado.

Ignoro si está en lo correcto. Aunque podría decir que sigo siendo joven, no lo soy tanto como lo era en aquel tiempo, en que cruzaba la ciudad a la peor hora del tráfico para llegar a la única función en el único cine que exhibía una película que nadie a mi alrededor quería ver. Iba solo, costumbre que aún mantengo. Nada como ir al cine solo.

Creo que Sontag podría tener razón al argumentar que la cinefilia en décadas pasadas —ella habla de los sesenta, yo de la que me tocó: los noventa— era más pura y más fuerte, pero también sospecho que estamos predestinados a sentir esa simpatía particular por los años en que el cine nos marcó para toda la vida. Estoy seguro de que hay adolescentes inmersos en el cinematógrafo de este momento, uno que quizá no conozco, tan potente como el que me impactó a mí, o quizá aprecian algunas películas que sí he visto con otros ojos: los ojos de la novedad, de la inocencia. Y si esto último es cierto, seguramente no estarán de acuerdo con Sontag, e inclusive podrían decir: la cinefilia continúa intacta.

La nostalgia por esas primeras impresiones es una piedra de toque en mi vida, irrepetible y mágica. Al Stallone de mi infancia no lo cambio por nada. ■■